

H. DE BALZAC.

LA BOLSA.

TRADUCCION LIBRE

DE

ARGIMIRO BLAY.



VALENCIA: 1875.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



## LA BOLSA.



### I.

Es la hora mas deliciosa para las almas que les gusta espaciarse, pues es el soplo que sobreviene al dia y el último paso que dá la noche.

Es cuando la luz crepuscular tiende las suaves tintas y sus tímidos reflejos sobre todos los objetos marcando confusamente la luz y la sombra.

El silencio que reina en estos instantes donde el dia lanza el último suspiro de vida, es el mas apreciado por los artistas que se repliegan en sí mismos cansados de trabajar, y dan vuelo



á su imaginacion en estas embriagadoras horas de delicia donde el sentido íntimo se manifiesta en los ojos interiores del génio.

Quien no piensa un instante en estos momentos de poético sueño no puede comprender tan indecibles beneficios.

A favor de este claro y oscuro, el artificio material empleado por el arte, para hacer creer las realidades, desaparecen enteramente. Si se fija en un cuadro las personas que representa, parecen hablar y marchar, la sombra produce la sombra, el día es día, la carne se anima, los ojos centellean, la sangre corre por las venas y los vestidos muestran sus brillantes colores.

La imaginacion ayuda al natural de cada detalle y no se ve mas que las bellezas de la obra.

A esta hora la ilusion reina despóticamente.

¡Puede ser se desvanezca durante la noche!

La ilusion no es para el pensamiento mas que una especie de noche que nosotros forjamos en nuestros ensueños.

La ilusion despliega luego sus alas, ella transporta el alma al mundo de la fantasía, mundo

fértil en voluptuosos caprichos y donde el artista olvida el mundo positivo, el ayer, el mañana, el porvenir y todas las miserias, lo mismo que las buenas como las malas.

En esta hora mágica, un jóven pintor, hombre de talento y que en el arte no veía mas que el arte mismo, estaba montado sobre la doble escalera que le servía para pintar un grande y elevado cuadro casi ya terminado, y allá criticábase siguiendo el curso de sus ideas abismado en una de esas meditaciones que elevan el alma y la engrandecen, la acarician y la consuelan.

Su meditacion duró un largo rato.

La noche se aproximaba.

Sea que con demasiada prontitud quiso descender de la escalera, sea que hiciera un movimiento imprudente creyendo caer sin peligro, el caso fué que perdiendo el equilibrio, vino al suelo dándose un rudo golpe la cabeza contra la esquina de un taburete, quedándose sin conocimiento durante un largo tiempo.

Una voz dulce, angelical, le sacó del estado en que se encontraba.



Apenas abrió los ojos, la viva luz de una llama se los hizo cerrar rápidamente; mas á través del velo de estupor que envolvía sus sentidos, percibió el cuchicheo de dos mugeres y el contacto de unas tímidas manos que sostenían su cabeza.

Bien pronto pudo convencerse y percibir á la luz de una de esas antiguas lámparas llamadas de doble corriente de aire, la mas deliciosa cabeza de muger que jamás habia visto; una de esas lindísimas cabezas que solo parecen pasar por un capricho del pincel, que á toda costa realiza las teorías del bello ideal que se crea cada artista y demuestra su talento.

La fisonomía de la jóven aparecida, si así puede llamarse, era uno de esos tipos delicados de la escuela de Prudhon, poseyendo esa poesía que Girodet dá á sus figuras fantásticas.

La lozanía de su edad, la regularidad de sus arqueadas cejas, la pureza de líneas de su rostro angelical, la virginidad fuertemente impresa en todos los rasgos de su fisonomía, hacían de la hermosa jóven una criatura perfectamente acabada.

El talle flexible y delgado, todas sus formas delicadas. Su vestido, aunque limpio y sencillo, no anunciaba ni fortuna ni miseria.

Tan luego como el pintor volvió en sí, balbuceó algunas confusas palabras de agradecimiento.

Un pañuelo apretaba su frente y reconoció, á pesar del olor particular del taller, la fuerte emanación del éter sin duda empleado para hacerle volver de su desvanecimiento.

Luego vió una señora anciana que se parecía á las marquesas del antiguo régimen; sostenía una lámpara, con la cual alumbraba esta escena, dando consejos á la jóven sobre el estado del enfermo.

—Caballero, respondió la hermosa jóven á uno de los ademanes hechos por el pintor, durante el momento en que sus ideas vagaban aun confusamente por su mente de resultas de la caída; mi madre y yo hemos oído el golpe que ha producido vuestro cuerpo al caer en el suelo, como asimismo algunos quejidos. El silencio que ha sucedido á esto nos ha asustado, y hemos subido temerosas de alguna desgra-



cia; al llegar á la puerta, como tenia la llave puesta, nos hemos determinado á entrar y os hemos visto tendido en el suelo y sin conocimiento. Mi madre ha buscado inmediatamente cuanto pudiera haceros falta para reanimaros, y puesto una compresa en la frente, ¿la notais?

—Ahora sí, contestó el pintor.

—Oh! esto no será nada, replicó la madre. Vuestra cabeza, por fortuna es fuerte, al caer ha sonado como si fuera un cuévano.

—Me siento mucho mejor, respondió el pintor, pero necesito un carruaje para volver á mi casa, la portera irá en busca de uno.

Levantóse poco á poco y quiso reiterar las mas vivas muestras de gratitud á las dos desconocidas, mas á cada palabra la madre de la jóven le interrumpia diciendo con solicitud.

—Mañana aplicaos unas cuantas sanguijuelas ó haceos sangrar; bebed tambien algunas tazas de vulneraria, no os descuideis, que las caidas son peligrosas.

La jóven no cesaba de mirar furtivamente al pintor y á los cuadros del taller; su presencia y sus miradas revelaban el pudor y la de-

ciencia, su curiosidad se semejava á la distraccion, y sus ojos parecian espresar cierto interés que las mugeres muestran con una espontaneidad llena de dulzura á toda desgracia que nos atañe. Las dos desconocidas se habian olvidado completamente de las obras del pintor, atendiendo solo al sufrimiento de este, y así que se hubieron asegurado de que no habia nada que temer, examinaron los cuadros con una solicitud desnuda de énfasis y familiaridad, sin demostrar ni inspirar deseos de conocerle. Sus maneras finas y nobles, llenas de buen gusto y sin afectacion, produjeron algun tanto de efecto en el pintor, que mas tarde recordó todas las circunstancias de este suceso y del vivo golpe que recibió.

Habian llegado al cuarto debajo del que estaba situado el taller, y la anciana dijo dulcemente.

—Adelaida, te has dejado la puerta abierta.

—Todo por socorrerme, respondió el pintor con una sonrisa de reconocimiento.

—Mamá, vos habeis bajado antes, murmuró la jóven toda colorada.



—Quereis que os acompañemos hasta bajo? dijo la madre al pintor, la escalera es tan oscura.....

—Mil gracias, señora, me encuentro bueno ya.

—Agarraos bien de la baranda.

Las dos mugeres se quedaron en la meseta de la escalera alumbrando los pasos del joven, á fin de que nó cayera.

Para que nuestros lectores no crean que esta escena podia tener algo de intencionada y maliciosa por parte del pintor, es preciso decir que hacia pocos dias habia instalado su taller en el piso mas alto de la casa, situada en la parte mas oscura y sucia de la calle de Surresnes, casi delante de la iglesia de la Magdalena; muy cerca de su habitacion, pues, vivia el pintor, en la calle de los Campos Eliseos, en vez de trabajar en uno de esos talleres situados cerca de las barreras, en donde el módico alquiler estaba en otro tiempo en armonía con sus ganancias, pues al presente tenia satisfechas las necesidades de la vida, y evitan la pérdida de un tiempo precioso que nunca vuelve.

La celebridad que su talento le habia conquistado le habian hecho uno de los artistas mas apreciados de Francia, y ya principiaba, como decia él, á no conocer las necesidades de sus últimas miserias.

Nadie en el mundo inspirára tanto interés como Hipólito Stinner en darse á conocer si hubiera consentido en ello; mas él no confiaba ligeramente á nadie los secretos de la vida.

Era el ídolo de una pobre madre, á la cual habia elevado de posicion á precio de las mas duras privaciones.

La señorita Stinner era hija de un arrendador de Alsacia. En su juventud su alma tierna prestó oídos á los halagos de un hombre rico que en materia de amor no picaba de delicado, y sucumbió á las mentidas promesas y vivas protestas de cariño de aquel infame que marchitó la lozanía de su pureza y sepultó á la pobre niña en el mar sin fondo de la deshonra.

En el presente, su hijo era todo lo que mas amaba en el mundo, toda la gloria de su vida, el único brillo de su belleza, pues cuando no



queremos creer en la proximidad del mal, este viene de repente, y entonces, el día antes tan apacible y sereno, tan risueño y alegre, se convierte en un siglo de reflexiones y amarguras que únicamente pueden templar los pensamientos religiosos y la resignación.

Cuando comprendió su desventura, rehusó con nobleza las dádivas del motor de su desdicha, y renunciando al mundo, dando un adiós á todas las delicias y goces sociales, se entregó con frenesí al amor que su hijo la demandaba, é hizo una gloria de su falta.

Vivia únicamente de su trabajo, y de él tan solo esperaba el poder hacer algunos ahorros para su hijo, sacrificándose continuamente. Mas tarde su hijo correspondió á los desvelos de la madre llevados á cabo en medio de laboriosa indigencia, pues en la última exposición había recibido la cruz de la Legión de honor.

Los periódicos, unánimes en favorecer un talento ignorado, le prodigaron las mas sinceras alabanzas. Los mismos artistas reconocían á Stinner por un maestro, y los mercados cubrieron de oro sus cuadros.

A los veinticinco años, Hipólito Stinner, á quien su madre había trasmitido su alma de muger, había comprendido mas que nunca su verdadera situación en el mundo.

Queriendo dar á su madre los goces que la sociedad durante tan largo tiempo le había privado, vivía tan solo para ella, esperando á fuerza de gloria y de fortuna, verla feliz, rica, considerada, dichosa y frecuentada su casa por hombres célebres.

Stinner tenía sin embargo por amigos los hombres mas decentes y distinguidos. Delicado en la elección de las relaciones, quería todavía elevar mas la posición que su talento le marcaba. Sin que decayera esa fuerza de voluntad que le elevaba, se sumergía en un mar de profundos pensamientos, pues su alma pura, todavía conservaba las bellas creencias que decoran los primeros días de la vida, no desconociendo aun el pundoroso velo que la cubre, y forma del jóven un sér aparte donde el corazón abunda en felicidad, poesía y esperanzas vírgenes.

Poseía esas maneras dulces y afables que



atraen las simpatías aun de los mismos que no son comprendidos.

Su voz, que partía del corazón, estaba impregnada de un candor y modestia que cautivaba y removía los nobles sentimientos de quien le escuchaba.

En una palabra, moral y físicamente, estaba bien formado.

Al verle uno, se sentía atraído hácia él por una de esas simpatías morales que los sábios tratan de analizar y que parecen demostrar la existencia de algun fenómeno galvánico, que yo no sé qué fluido formula en nuestros sentimientos, que parece guardar las proporciones del oxígeno y electricidad.

Hipólito Stinner no hizo pregunta alguna á la portera que habia ido en busca de un carruaje á la calle de la Magdalena, relativa á las dos mugeres que con tan buen corazón le habian socorrido.

Mas como él solo respondiese relativamente á su persona, referente al suceso acaecido, sin nombrar para nada las inquilinas del cuarto piso, no pudo menos de satisfacer las pregun-

tas de la portera relatando toda la ocurrencia y la intervencion oficiosa de las dos desconocidas.

La portera le habló de las dos incógnitas segun el interés de su política y los juicios temerarios de la portería, que es la fiscalizacion perpétua de todo lo que pasa en una casa y aun del barrio entero.

—Ah! dijo, sin duda es la señorita Leseigneur y su madre, que viven aquí cerca de cuatro años.

Nosotros no sabemos todavía en qué se ocupan estas señoras; por la mañana á medio día, una vieja criada medio sorda y que habla menos que un muro, viene á servir las. Por la tarde, dos ó tres caballeros ya de edad, condecorados como vos, bien vestidos, y que uno de ellos tiene sesenta mil libras de renta y criados, llegan, y se están hasta una hora bastante avanzada de la noche; sin embargo la habitacion es muy tranquila, como la vuestra, señor. Viven con alguna economía, pero así con todo, cuando llega una letra la pagan en el acto.

Esto es gracioso, señor, la madre tiene otro nombre diferente al de la hija. ¡Ah! cuando van



á las Tullerías, la señorita sale muy compuesta y elegante, y mas de una vez la han seguido hasta casa varios jóvenes, pero ella les hecha la puerta en las narices, y hace bien..... el propietario no hubiera consentido que.....

El carruaje habia llegado, é Hipólito, que no quiso seguir oyendo la cháchara de la portera, volvióse á su casa.

Su madre, á quien contó todo lo sucedido, curó de nuevo la herida, y no le permitió el volver el dia siguiente al taller.

Consultó á los facultativos, diversas prescripciones fueron ordenadas, é Hipólito tuvo que estarse en casa algunos dias.

Durante esta reclusion, su imaginacion, enteramente libre, le trajo á la memoria todos los sucesos, y hasta los menores detalles de su caida y desvanecimiento.

La imágen de la seductora niña la tenia fuertemente impresa en lo mas íntimo del alma. Veía la fisonomía marchita de la madre, y sentía la presion delicada de las manos de Adelaida, el gestó que le habia producido el suceso del golpe, y grababa en su memoria

las esquisitas gracias de la jóven; despues la actitud y el sonido de una voz melodiosa alegraba su memoria reapareciendo de pronto como los objetos sumergidos en el agua que suben de improviso á la superficie.

Así, el dia que pudo volver á emprender su trabajo, marchó al taller lleno de alegría, mas la visita que con tan vehemente deseo habia formulado hacer para dar las gracias á sus vecinas, era la verdadera causa de su alegría y la que le obligaba á suspender el trabajo comenzado.

En el momento que una pasion rompe su envoltura y se manifiesta con toda su potencia, el corazon encuentra placeres inesplicables que solo comprenden los que aman. De esta manera algunas personas comprenderán el por qué el pintor subió lentamente los escalones del cuarto piso, notando las secretas pulsaciones que se sucedieron rápidamente en su corazon, en el momento que se presentó á su vista la oscura puerta de la modesta habitacion de la señorita Leisegneur. Esta hija, que no llevaba el nombre de su madre, habia despertado



mil simpatías al pintor, y creía ver entre ella y él alguna similitud de posición, y sí también concurrían en ella las desgracias de su mismo origen.

En todo el trabajo, Hipólito se entregó completamente á sus pensamientos amorosos, y con objeto de que las vecinas se ocuparan de él así como se ocupaba de ellas, principió á hacer mucho ruido en el taller, para llamar sin duda su atención.

Estuvo hasta muy tarde en el taller, y allí comió. Serían las siete de la tarde, cuando se determinó á visitar á sus vecinas.

Aunque pintor de mérito, no había osado iniciarse, por pudor quizás, en el interior verdaderamente curioso de ciertas existencias parisienses, en los secretos de estas habitaciones, de donde salen rozagantes, hermosas, y con elegantes toilettes las mugeres que, ricas y brillantes esteriormente, dejan ver en el interior los signos de una fortuna equívoca.

Si esta pintura es demasiado franca, si la encontráis demasiado prolija, no acuseis la descripción que he hecho, pues es el verda-

dero cuerpo de la historia, porque el aspecto del cuarto habitado por sus dos vecinas influyó mucho en los sentimientos y esperanzas de Hipólito Stinner.

La casa pertenecía á uno de esos propietarios, en los cuales preexiste un horror profundo á las reparaciones y embellecimientos, uno de esos hombres que consideran la posición de propietarios parisienses como un estado.

En la gran cadena de las especies morales, estas gentes fluctúan entre el avaro y el usurero.

Optimistas por cálculo, son fieles al *statu quo* de la Austria.

Si habláis de mudar algún papel ó moldura ó una puerta, de practicar lo más necesario en las cañerías, los ojos se le ponen brillantes, la bilis se alborota, y se encabritan como los caballos espantados.

Cuando el viento ha derribado algún remate de las chimeneas, se ponen enfermos y se privan de ir al Gimnasio ó á la Puerta-San-Martin, por causa de la reparación.

Hipólito, que á propósito de ciertos reparos



que habia tenido que hacer en su taller, habia asistido *gratis* á la representacion de una escena cómica con el Sr. Molinó, no se pasmó del tono negro y grasiento, de las tintas pringosas, de las manchas y otros accesorios bastante desagradables que decoraban las paredes.

Estos estigmas ó señales de miseria no son puntos desprovistos de poesía á los ojos de un artista.

La señorita Leseigneur vino ella misma á abrir la puerta, y así que reconoció al jóven pintor, le saludó afectuosamente; mas al mismo tiempo, con esa destreza parisien y esa presencia de espíritu que presta la desgracia, volvióse la jóven para cerrar la puerta de una alcoba acristalada, á través de la cual Hipólito hubiera podido entrever alguna ropa blanca tendida sobre cuerdas encima de un hornillo económico, un viejo lecho de correas, el brasero, el carbon, las planchas, la fuente de filtro, la vajilla y todos los utensilios de una casa pequeña. Una cortina de muselina bastante limpia cubria cuidadosamente este *garfarnau*, palabra usada para designar fami-

liarmente esta especie de laboratorios mal alumbrados en los dias de sufrimiento, y más para recibir á un vecino. Con el rápido golpe de vista que poseen los artistas, Hipólito vió la distribucion de los muebles y el conjunto del estado de la primera pieza dividida en dos. La parte mas decente que servia á la vez de antecámara y comedor, estaba adornada de un viejo papel de color amarillento y orla aterciopelada, sin duda fabricado por Reveillon, donde los pedazos desprendidos y las manchas estaban disimuladas cuidadosamente con lacre.

Las estampas representaban las batallas de Alejandro por Lebrun, y los marcos desdorados y sin brillo, adornaban simétricamente las paredes.

En medio de esta pieza estaba una mesa de caoba maciza, de forma antigua y con los bordes desgastados por el uso. Una pequeña sarten sin mango metida en un agujero delante de la chimenea se percibia apenas, y al otro lado se veía un armario. Por uno de esos contrastes estraños, las sillas ofrecian vestigios de un esplendor pasado, pues eran de caoba escul-



pida; mas el tapiz encarnado de las sillas, los clavos dorados y el canutillo desgastado, mostraban sus cicatrices tan nombradas como las de los viejos sargentos de la guardia imperial.

Esta pieza servia de museo á ciertas cosas que no se encuentran mas que en esta suerte de mobiliarios anfibios, objetos innominados, que participan á la vez del lujo y de la miseria.

Entre otras curiosidades, Hipólito se fijó en un antejo de larga vista magníficamente adornado y suspendido encima de la pequeña luna verde que decoraba la chimenea. Para que fuera mas extraño este mobiliario, habia entre la chimenea y la puerta de la alcoba una mala mesa escribanía, pintada de color de caoba, de las maderas que menos se prestan al disimulo. Mas los ladrillos, encarnados y resbaladizos, los malos tapices colocados delante de las sillas y los muebles, todo relucía bajo esa propiedad que deja el continuo roce, y presta un falso lustre á todo lo viejo que acusa todavía mas la edad, los defectos y los largos servicios.

En esta habitacion se percibia un olor indefinible, producida por las emanaciones del ga-

farnau, mezcladas con los vapores del comedor, de la sala y de la escalera, por lo cual la ventana fué entreabierta, y el aire de la calle agitaba las cortinas de percal tan cuidadosamente puestas, de manera que ocultaban esta especie de tronera; los procedimientos caseros, habian señalado la presencia de diversas incrustaciones, especie de frescos domésticos.

Adelaida abrió prontamente la puerta del otro cuarto, y en ella introdujo al pintor con cierto placer.

Hipólito, que en su casa habia visto tambien á su madre con los mismos signos de indigencia, los recordó con la singular vivacidad de impresion que caracteriza las primeras impresiones de nuestra memoria, y penetró mejor que cualquier otro los detalles de esta existencia.

Reconociendo las cosas de su vida y de su infancia este buen jóven, no estaba, ni avergonzado de su desgracia pasada, ni orgulloso del lujo que él acababa de conquistar para su madre.

—Caballero, ¿cómo os sentís desde vuestra